

SER O NO SER PERFECTO

Autor: Morris Venden

Año: 2001

jesusyoyo.com

SER O NO SER PERFECTO	1
Capítulo 1: ¿Es "perfecto" una palabra sucia?.....	3
Capítulo 2: El simulacro de dos minutos	10
Capítulo 3: Dios, el mecánico.....	18
Capítulo 4: ¡Golpearse! ¡Golpearse! ¡Golpearse!.....	25
Capítulo 5: ¿Quién se ve bien si no pecas?	31
Capítulo 6: Viajes gratis a Hawái	40
Capítulo 7: El vicepresidente rebelde	48
Capítulo 8: ¿Cuál es tu objetivo en el fútbol?.....	57
Capítulo 9: Orgullosos de mis cuatro puntos y medio	65
Capítulo 10: Recuentos electorales.....	72

CAPÍTULO 1: ¿ES "PERFECTO" UNA PALABRA SUCIA?

Era el año 1956. En el fresco aire otoñal de octubre, un lanzador yanqui llamado Don Larson fue al montículo en la Serie Mundial, y procedió a sacar a veintisiete Dodgers seguidos. Sin hits, sin bases por bolas, sin errores, y ni un solo bateador de Brooklyn llegó ni siquiera a noventa pies de la línea hasta la primera base. ¿Y cómo llamó el mundo a eso? Un juego perfecto. No sólo un juego sin hits, sino un juego perfecto. ¿Y es "perfecto" una palabra maravillosa? En las páginas de "Sports Illustrated", puedes apostar que sí.

Cuando su hijo obtenga una calificación perfecta, bien. Cuando tu jefe te dice que la nueva página web que diseñaste es perfecta, bien. Cuando tu familia te regala un regalo de cumpleaños, y les dices que es perfecto, bien.

Pero cuando Jesús mira a sus discípulos, tanto en el año 31 d.C. como aquí en el siglo XXI, y dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", comenzamos a ponernos nerviosos. Empezamos a pensar en palabras como "farisaísmo" y

"perfeccionismo". ¿Sólo vamos a ir al cielo si logramos que nuestra vida espiritual alcance el nivel de "perfecto", un 10 en Universidad, todas las medallas de oro en los Juegos Olímpicos, y veintisiete eliminaciones consecutivas en el Clásico de Otoño? ¿Por qué la palabra "perfecto" es un título maravilloso, hermoso, y que suena dulce en todos los campos... excepto en el campo de la religión?

Ésta es una pregunta con la que todo seguidor de Jesucristo tiene que luchar. ¿Deberían los cristianos siquiera intentar ser perfectos? ¿Debemos esforzarnos por alcanzar la perfección? ¿Es ese el objetivo? Francamente, tratar de ser perfecto obtiene malas calificaciones en la fe cristiana. El desafío de esforzarse por ser completamente perfectos ha convertido a muchos aspirantes a creyentes, en cristianos desanimados o incluso ateos.

Hay una pequeña y dura historia en los Evangelios, alrededor del camino a Jericó, desde donde Jesús dijo a sus seguidores: "Sed perfectos". Un hombre que conocemos como el Joven Gobernante Rico vino a Cristo, y le preguntó: "Uh, discúlpeme, ¿qué cosa buena tengo que hacer para obtener la vida eterna?" Lo cual es una buena pregunta para hacer. Y Jesús le dice: "Guarda los mandamientos".

"¿Cuáles?" pregunta el hombre, tal vez pensando que, del plano original, puede arreglárselas con solo un par de ellos. Pero no. Jesús repasa toda la lista. Y este rico empresario de Internet, que compró Amgen a cuatro, y vendió PriceLine.com a 126, le dice a Jesús: "Ya estoy haciendo eso. ¿Qué más?"

Y Jesús le dice: "Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, y dalos a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven y sígueme".

Volveremos a ese pobre joven rico que, dicho sea de paso, no aceptó el trato que Jesús sugirió. Pero considere el extraño título de este libro "Ser o no ser perfecto".

El Antiguo Testamento de la Biblia nos dice rotundamente que vamos a ser imperfectos. "Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia" (Isaías 64:6). Se nos dice lo mismo en el Nuevo Testamento: "Si pretendemos estar sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1:8). La paráfrasis del Dr. Eugene Peterson, "El Mensaje", lo expresa así: "Si afirmamos que estamos libres de pecado, sólo nos estamos engañando a nosotros mismos. Una afirmación como esa es una tontería errónea".

La buena noticia es esta. Primera de Juan 1:8 precede a una de las declaraciones más importantes de toda la Palabra de Dios. Podemos estar enormemente agradecidos de que 1 Juan 1:8 sea seguido inmediatamente por 1 Juan 1:9. Después de que nos dicen que somos pecadores y que tenemos pecado en nosotros, que perdimos triples ejes en las Olimpiadas, y ceros y unos en nuestras libretas escolares de calificaciones, Jesús nos hace esta promesa: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo, y nos perdonará nuestros pecados, y nos purificará de toda injusticia".

Ese versículo nos dice un par de cosas maravillosas. Primero que nada, aunque no seamos perfectos, Dios tiene una solución. Él está dispuesto a perdonar nuestras imperfecciones. Si sacamos malas notas, espiritualmente hablando, Él nos perdona. Si lanzamos en la Serie Mundial y permitimos que los corredores vayan a la base, e incluso les dejamos anotar contra nosotros, Dios tiene un plan para ganar el juego. Ese plan se llama Calvario. En otras palabras, nuestras imperfecciones no parecen ser una cuestión de vida o muerte, el factor predominante en el séptimo juego de la Serie.

Es más, Dios nos promete que nos limpiará o purificará. Eso no habla específicamente del tema de la perfección, pero parece decir que la tarea de convertirnos de malos en buenos, de lanzadores salvajes en ganadores del Cy Young, es algo que Él va a hacer por nosotros. Este concepto de Dios llevándonos a la perfección, es una de las verdades más emocionantes de la fe cristiana.

Pero eso nos lleva nuevamente a este inquietante título: "¿Ser o no ser perfecto"? Una vez que descubrimos el versículo nueve, Dios es fiel en perdonar, ¿deberíamos entonces dejar de buscar una alta calificación? ¿Deberíamos tirar cualquier viejo lanzamiento al plato, y simplemente reírnos si tenemos una efectividad de 22 en la Serie Mundial?

No se trata de una metáfora elegida a la ligera, porque hace unos años, una de las mentes evangélicas más agudas de la fe cristiana se refirió precisamente a la cuestión de "tratar de lanzar un juego perfecto". Este apologista fue un líder bueno, sincero, y dedicado. Habló sobre el don de la gracia, la realidad de que Jesús ha pagado el precio por nuestros pecados, y cómo Dios es fiel para perdonar, etc. Por cierto, estaba abordando esta pregunta: ¿Deben los

cristianos tratar de guardar la ley de Dios, es decir, los diez Mandamientos?

Su respuesta fue la siguiente: "Nadie ha vivido ni vivirá en perfecta obediencia a ella". Lo cual es verdad. "Sólo Jesucristo."

También es cierto. Pero luego continuó diciendo esto: "No lo logras, al tratar de conservarlo todos los días, y yo no puedo. Así que no voy a INTENTARLO".

Bueno, ese es un objetivo aleccionador... o tal vez la falta de un objetivo. ¿"Ni siquiera voy a intentarlo"? ¿La perfección salva a un cristiano? No. Un millón de veces, No. ¿La perfección te lleva al cielo? Otro millón de veces, No. Pero ¿tratamos entonces de ser perfectos? ¿O imperfectos?

¿Ser o no ser perfecto? Esa es la pregunta.

Hablando de perfección, un joven lanzador cristiano llamado Orel Hershiser, estuvo casi perfecto en 1988, rompiendo el llamado récord inquebrantable de Don Drysdale, con cincuenta y nueve entradas consecutivas en blanco. Su lanzamiento en blanco le dio a los Dodgers la corona en cinco juegos esa temporada contra los Atléticos de Oakland.

En su libro sobre béisbol, "Men at Work", George Will le preguntó más tarde a Hershiser: "¿Cuál es entonces tu objetivo, cuando vas al montículo? ¿Un juego sin hits?".

Y Orel dio esta respuesta, a la que todo cristiano debería prestar atención.

"No", dijo. "Un juego perfecto. Si ellos consiguen un hit, estoy lanzando un hit. Si ellos obtienen una base por bolas, es mi última base por bolas. Trato la perfección hasta el punto de que es lógico concebirlo. La historia es historia, el futuro es perfecto."

En otras palabras, a partir de ahora, la meta nunca es la imperfección, siempre es la perfección. Vas al montículo con la intención de no permitir hits. Si alguien recibe un golpe, bueno, a partir de ese momento, planeas no permitir más golpes. Buscas la perfección porque amas a tu equipo, y porque eso es lo que hace un jugador dedicado.

Si eso es cierto para un hombre que lanza una pelota de béisbol, ¡cuánto más cierto lo es para un cristiano dedicado!

CAPÍTULO 2: EL SIMULACRO DE DOS MINUTOS

La historia de un predicador favorito se remonta al año 1937, y a un lugar llamado Iglesia Bautista Bostwick en Florida. Un chico de 18 años, que asistía al Instituto Bíblico de Florida, fue reclutado para predicar una noche en la iglesia. Todavía no había predicado un sermón formal, solo sesiones de práctica frente a los demás muchachos. Pero tenía cuatro sermones prestados metidos en el frente de su Biblia, así que practicó y ensayó la noche anterior, preparándose.

Bueno, llegó la gran noche. Había unas cuarenta personas sentadas alrededor de la gran estufa barrigona: rancheros, vaqueros con monos, campesinas con vestidos de algodón lavados. Y este joven nervioso y sudoroso subió al púlpito, con las rodillas temblando como si tuviera parálisis. Sacó el sermón número uno, y se lanzó a él como una casa en llamas, pero estaba tan nervioso, que pareció sólo un parpadeo antes de que ya hubiera terminado. Entonces, en lugar de sentarse, pasó al sermón número dos, luego al número tres, e incluso al número cuatro. Las cuatro charlas no estaban relacionadas temáticamente en

absoluto, pero él pasaba de una a otra, ante el asombro de las cuarenta personas con ojos saltones sentadas en los bancos.

Aquí está el chiste. Terminó los cuatro sermones en exactamente ocho minutos. Así es, ocho minutos en total para terminar cuatro sermones. Y ese es el debut en la predicación de un niño de Carolina del Norte, llamado Pastor Billy Graham. Esta es una historia verídica.

Al considerar la cuestión bíblica de la perfección, Billy Graham sería el primero en admitir que su debut en la Iglesia Bautista Bostwick fue todo menos perfecto. De hecho, a lo largo de su autobiografía, "Tal como soy", reconoce libremente algunos de sus errores de juicio a lo largo de los años. Momentos en los que imprudentemente se permitió involucrarse demasiado en política y malentendidos, que frenaron el alcance mundial de la Asociación Evangelística Billy Graham.

Sin embargo, ¿estaríamos todos dispuestos a admitir, unas seis décadas después, que Billy Graham, a su manera sincera y fiel, ha sido fiel a Dios en la misma liga que, digamos, Noé? Noé predicó en nombre del Dios del cielo durante 120 años, y Billy ya ha superado la mitad de ese camino. Y he aquí por qué podríamos hacer la

comparación correctamente. ¿Sabes cómo la Palabra de Dios describe a Noé? Note estas palabras de la versión King James, de Génesis 6:9: "Noé era un hombre justo y perfecto en sus generaciones, y Noé caminó con Dios".

Sí, la Biblia describe a Noé como perfecto. "Justo" e "irreprensible", dice la Nueva Versión Internacional. "Un hombre bueno y que tenía total confianza en Dios", comenta la Biblia "La Palabra Clara", que es una paráfrasis muy vaga.

Si ha estudiado alguna trivialidad bíblica, su mente sin duda estará avanzando rápidamente hasta Génesis capítulo 9, una historia sobre la parte posterior fangosa del diluvio y el arca. Y estás pensando en una telenovela triste, en la que Noé se emborrachó en su tienda, e hizo el ridículo. Esa es una historia real, y sucede después del versículo en el que Dios lo describe como perfecto.

En 1 Reyes 15, un rey de Israel se describe de esta manera en la versión King James: "El corazón de Asa fue perfecto para con el Señor todos sus días" (versículo 14).

Irónicamente, hablando de sermones poco maravillosos y de emborracharse en la tienda, este mismo rey Asa fracasó en una campaña política para derribar todos los santuarios paganos del reino. Sacó de allí a las

prostitutas paganas, pero no a los santuarios. Y, sin embargo, tenía un corazón perfecto, un corazón "plenamente comprometido", dice otra versión.

Dos puntos parecieron surgir en el capítulo 1, y los discípulos de Jesús probablemente deberían considerar los mismos dos puntos, todos los días de sus vidas. En primer lugar, la perfección no es la base de nuestra salvación en el reino de los cielos. No vamos a ser salvos porque seamos perfectos, ni cerca de serlo, ni porque estemos a dos tercios del camino hacia la perfección. Quizás haya leído libros, incluso de escritores cristianos, que sugerían que la perfección del carácter era un requisito, para que la familia redimida de Dios pudiera entrar al cielo, pero no encontramos eso en la Biblia. El prerrequisito para un hogar en la Ciudad Santa no es la perfección o el ser inmaculado, al contrario, la cruz de Jesucristo es nuestro pasaporte al cielo. Su perfección. "No por obras", dice en Efesios 2:9, "para que nadie pueda jactarse". No habrá una sola persona en el cielo que pueda decir con sinceridad: "Estoy aquí por lo bien que me fue en la vida". En cambio, vamos a testificar por toda la eternidad: "Estoy aquí por lo bien que hizo Jesús en la cruz".

Dicho esto, el punto número dos es el descubrimiento de que la Biblia, una y otra vez, nos dice que busquemos la perfección. La perfección no es un requisito, sino una invitación. Deberíamos intentar ser perfectos, no imperfectos. Nuestro objetivo es un 10, no un 1. La perfección es un objetivo por el que luchar, no algo negativo que debemos evitar. Jesús, en su maravillosa oración que se encuentra en Juan 17, dice esto: "Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad" (versículo 23).

Al final de la segunda carta de Pablo a sus amigos cristianos en Corinto, les plantea este desafío: "Por lo demás, hermanos, adiós. Sed perfectos, consolados, unánimes" (13:11).

La Nueva Versión Internacional lo dice así: "Apunta a la perfección". ¿Y eso nos pone nerviosos? ¡No! ¿A qué más aspiraríamos? ¿Imperfección? En golf, ¿apuntas al agua o apuntas al hoyo? Si su hogar en el cielo dependiera de su puntuación de golf, de no entrar nunca al agua, eso sería una preocupación seria. Pero llegamos al cielo según la puntuación de Jesús, no la nuestra.

Es interesante notar, que la palabra perfecto aparece con mayor frecuencia en la versión King James. Esto no

significa que debemos rechazar el concepto por considerarlo arcaico, o no tratar de obedecer la ley de Dios porque encontramos una versión más amigable de la Biblia, en la librería cristiana de nuestro vecindario. Pero preste atención a cómo se manifiesta este concepto de "sed perfectos" en algunas de las versiones más nuevas. En Efesios 4:13, Pablo nos exhorta hacia esta meta: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". Luego añade: "Que de ahora en adelante ya no seremos niños".

Ahora, el mismo versículo en la Nueva Versión Internacional: "Hasta que todos alcancemos la unidad en la fe, y en el conocimiento del Hijo de Dios, y lleguemos a la madurez, alcanzando toda la medida de la plenitud de Cristo. Entonces ya no seremos niños".

Una y otra vez encontramos este descubrimiento muy alentador, que cuando la Biblia nos desafía a ser perfectos, esencialmente se refiere a crecer. Madurar en Jesús. Pasando de sermones de dos minutos inmaduros, balbuceantes y torpes, a mensajes completos, reflexivos, y que cambian vidas en el Madison Square Garden. Eso sería para Billy Graham. Y para ti y para mí, pasar de dos minutos

de "leche" en nuestros devocionales, un breve versículo bíblico con la mano en el picaporte de la puerta por la mañana y seguir con pasos de niños pequeños, hasta la madurez en nuestro caminar con Jesús. Convertirse, día a día, en un hombre cristiano. Una mujer cristiana.

Filipenses 3:15 es un hermoso versículo que viene inmediatamente después de una confesión. Pablo escribe: "olvidándome de lo que queda atrás... prosigo hacia la meta" (versículos 13 y 14). Y admite: "No es que ya haya obtenido todo esto, ni que ya haya sido perfeccionado" (versículo 12, NVI). Pero luego continúa diciendo esto: "Así que todos los que somos perfectos, tengamos esta misma mentalidad" (KJV).

Una vez más, la NVI añade este hermoso matiz: "Todos los que somos maduros deberíamos tener esa visión de las cosas". En la paráfrasis de "La Palabra Clara" del Dr. Jack Blanco: "Aquellos que son espiritualmente maduros deberían participar en esta carrera".

De modo que realmente podemos regocijarnos en lo que la Biblia enseña acerca de la perfección. Se habla siempre de unidad, de un conocimiento cada vez mayor de Jesús. Habla de crecer, de pasar de lo inmaduro a lo

maduro, de las devociones superficiales a las profundas, del primer amor al amor constante.

Hablando del primer amor, Billy Graham recibió, un día feliz, una carta de una chica llamada Ruth Bell. Tenía matasellos del 6 de julio de 1941, y Billy estaba bastante satisfecho con las primeras tres palabras de la carta. "Me casaré contigo", le dijo la linda misionera. Leyó esa carta con una gran sonrisa en su rostro, y luego tuvo que correr a la iglesia para predicar un sermón. Ya estaba un poco mejor en el púlpito, pero cuando terminó este sermón en particular, el Dr. Minder, su mentor, lo detuvo. "Billy", preguntó, "¿sabes lo que acabas de decir?" Graham, con el corazón todavía palpitante, y las estrellas en los ojos, sacudió la cabeza. "No." El hombre mayor se rio. "No estoy seguro de que la gente tampoco lo supiese".

¡Pero ese fue un sermón perfecto! Amor perfecto entre un hombre y su amada, un amor que sigue siendo fuerte seis décadas después. Porque la perfección implica simplemente el proceso de crecer.

CAPÍTULO 3: DIOS, EL MECÁNICO

¿Alguna vez has tenido un dolor de 79 dólares que se convirtió en una pesadilla de 1300? Lo obtienes cuando encuentras un agujero en el silenciador de tu auto. Entonces buscas en las páginas amarillas, y ves un gran anuncio de descuento en el taller mecánico de Melvin: "79 dólares. ¡Mientras esperas! Se aceptan todas las principales tarjetas de crédito".

Entonces conduces hasta el taller mecánico, pensando que esto te va a doler por una suma de 79 dólares. Bueno, el hombre es muy agradable. Coloca su automóvil en el elevador, luego chasquea un poco la lengua y señala que, en realidad, es necesario reemplazar el silenciador, el tubo, el extensor y las juntas. El silenciador cuesta 79 dólares, como dice el anuncio, pero todas esas otras cosas salen 232 dólares adicionales.

Bueno, ¿no puedes arreglártelas sólo el silenciador?, preguntas, con el corazón a punto de hundirse. No, responde, las otras piezas vienen con él. 232 dólares, tómalo o déjalo. Luego, antes de que puedas siquiera empezar a pensar qué muebles de la casa deberías vender, señala que tus frenos obviamente también están en mal

estado, tus puntales están destrozados, y tu junta universal está a cinco millas de matar a toda tu familia en un choque de ocho autos, y realmente estamos hablando de 1300 dólares. Quizás un poco más, si reemplaza los limpiaparabrisas, los asientos, y el motor.

Y lo que pensaba que iba a ser un rápido desvío de 79 dólares en su camino a la oficina de correos, ahora se ha intensificado hasta el punto en que tiene que vender su casa, sólo para mantener su automóvil en marcha el tiempo suficiente para conducir hasta el asilo.

En el libro "Mero Cristianismo", C. S. Lewis tiene un capítulo titulado "Contando el costo". Escribe sobre el tema de la perfección, y cuenta una historia similar, sólo que esta vez sobre un dolor de muelas. Cuando era niño, confiesa, a veces se quedaba en la cama por la noche con un diente malo palpitando como loco. Y sabía que, si acudía a su madre, ella podría darle una aspirina o algún ungüento que le quitara el dolor.

Entonces, ¿por qué no lo hizo?

"No acudí a mi madre", escribe, "al menos no hasta que el dolor se volvió muy fuerte. Y la razón por la que no fui, fue ésta. No dudaba que ella me daría la aspirina, pero sabía que también haría otra cosa. Sabía que ella me

Llevaría al dentista a la mañana siguiente. No podía obtener lo que quería de ella, sin obtener algo más que no quería. Quería un alivio inmediato del dolor, pero no podía conseguirlo sin tener mis dientes permanentemente bien colocados. Y conocía a esos dentistas, sabía que comenzarían a jugar con todo tipo de dientes que aún no habían comenzado a doler. No dejarían que los caninos dormidos se quedaran dormidos, si les dabas la mano, te tomaban el codo.

Bueno, quién dice de los dentistas, pero sin duda el mecánico Melvin tiene 1300 razones por las que quiere ayudarme con mi coche. En realidad, 1301 razones, es cierto que quiere que estemos seguros en la carretera. El dentista realmente quiere que los dientes de C. S. Lewis no sólo dejen de doler, sino que estén sanos a largo plazo. Pero ¿cómo deberíamos relacionarnos con un Dios que nos dice en Su Palabra: "Espero que llegues a la perfección. Cada traqueteo y chirrido del auto tiene que desaparecer, cada cavidad tiene que ser llenada. Por tanto, vosotros sois perfectos"?

A los cristianos les encanta regocijarse con ese versículo característico de 1 Juan 1:9, que habla del perdón. Pero fíjate: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y

justo, y nos perdonará nuestros pecados, y nos purificará de toda maldad" (NVI)

Verás, esto no es sólo perdón, también es arreglar el tiempo. Refacción. Limpieza. Purificación. Y encontramos aquí una verdad bíblica clave. Cuando Dios habla a Sus hijos acerca de la obediencia y la perfección, luego deja en claro que tiene la intención de llevarnos a ese destino.

Observe el párrafo introductorio del capítulo de C. S. Lewis. Comienza así: "Creo que a mucha gente le ha molestado lo que dije en el último capítulo, sobre las palabras de Nuestro Señor: 'Sed perfectos'". Eso es de Mateo 5:48. "Algunas personas parecen pensar que esto significa, 'A menos que seas perfecto, no te ayudaré', y como no podemos ser perfectos, entonces, si Dios quiso decir eso, nuestra posición es desesperada. Pero no creo que Él quisiera decir eso. Creo que quiso decir: 'La única ayuda que te daré, es ayuda para llegar a ser perfecto. Quizás quieras algo menos, pero no te daré nada menos'".

¿Qué piensas sobre eso? Y realmente, lo que leemos acerca de Dios purificándonos, o limpiándonos, en 1 Juan, se repite en una poderosa promesa que se encuentra en Hebreos 13:20 y 21. "Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, ese gran pastor de las

ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga perfectos en toda buena obra, para hacer su voluntad, obrando en vosotros lo que es agradable delante de él, por Jesucristo".

Nuevamente, tome nota de cómo la Nueva Versión Internacional expresa la meta de perfección de Dios para nosotros. Él "os equipará con todo lo bueno para hacer su voluntad".

Esto corrobora el principio de que la perfección realmente significa que crecemos, y nos volvemos más maduros en Jesús. Y es bueno descubrir que la perfección, como sea que la Biblia nos la describa, siempre tiene el propósito de honrar a Dios y hacer Su voluntad, no para ganarnos un lugar en Su reino.

Volvamos al taller mecánico de Melvin. Pero esta vez Melvin es tu papá. Y mira tu auto, y dice: "Hijo, todo ese silenciador está malo. Saquémoslo. Y ya sabes, los frenos están rotos. Creo que deberíamos ponerle unos nuevos ahí. Además, me gustaría ayudarte reemplazando estas correas desgastadas." ¿Tragarías saliva y te preocuparías por el costo? ¡No cuando es papá! No cuando es tu amigable padre, quien ya pagó la factura de reparación en su totalidad.

Así que es una buena noticia que nuestra perfección sea asunto de Dios, porque Él es quien promete llevarnos allí.

Volvamos a C. S. Lewis, que estaba tan preocupado por el dentista. En la página siguiente de "Mero Cristianismo", escribe: "El resultado práctico es el siguiente. Por un lado, la exigencia de perfección de Dios no tiene por qué desanimarte en lo más mínimo en tus actuales intentos de ser bueno, o incluso en tus actuales fracasos. Cada vez que caigas, Él te levantará de nuevo. Y Él sabe perfectamente bien, que tus propios esfuerzos nunca te acercarán a la perfección. Por otro lado, debes darte cuenta desde el principio, de que la meta hacia la cual Él está empezando a guiarte es la perfección absoluta, y ningún poder en todo el universo, excepto tú mismo, puede impedir que Él te lleve a esa meta. Eso es lo que te espera".

¿No es una promesa maravillosa? Tómese un descanso momentáneo de este breve tiempo de lectura, e imagine en silencio algo que no sean automóviles ni dientes rectos. Pero tú, el perfecto y santo tú, que algún día morarás en el reino de Dios, si le has dado tu vida a Cristo, ¡estarás ahí! Y allí serás una persona perfecta. No sólo perfecto en cuerpo,

sano y fuerte, vibrante, vivo. Y no sólo perfecto porque has dejado de hacer una lista de cosas malas. Vas a ser perfecto porque serás todo lo que Dios siempre quiso que fueras. Volverás al modelo del Edén: completamente santo, viviendo completamente a la altura de tu potencial divino.

¿Puedes imaginarte eso? Es bastante imposible, ¿no? Pero la Biblia nos dice que aquí es donde Dios nos llevará. Él te hará perfecto, y según Su definición, que es infinitamente más grande y grandiosa, que el santo de la iglesia con mejor comportamiento que conoces aquí en el planeta Tierra.

C. S. Lewis, simplemente, no puede evitar agregar una línea a su pequeño ensayo sobre el dolor de dientes y un Dios decidido. Aquí está: "Aún no hemos tenido la más mínima noción, de lo tremendo que Él quiere hacer con nosotros".

CAPÍTULO 4: ¡GOLPEARSE! ¡GOLPEARSE! ¡GOLPEARSE!

¿Alguna vez has notado que es difícil ser perfecto cuando tienes que serlo? Ciertamente es cierto en los deportes. Cuando no hay presión, es fácil meter un tiro libre. Pero cuando realmente importa, cuando las cosas están en juego, nos equivocamos.

¡Y ésta también es una realidad bíblica! La Biblia nos dice: "Sed perfectos". Pero no podemos ser perfectos. Y el hecho mismo de que la Biblia nos diga: "Sed perfectos", casi es un predictor de que no lo seremos, sino más bien de que nos irá peor. Terminamos perdiendo aún más.

En el libro de Philip Yancey, "¿Qué tiene de sorprendente la gracia?", comenta sobre este mismo fenómeno. Al escribir sobre la perfección y el legalismo, observa: "El legalismo fracasa estrepitosamente, en lo único que se supone que debe hacer: fomentar la obediencia. En un giro extraño, un sistema de leyes estrictas, en realidad pone en la mente de una persona nuevas ideas de infracción de la ley". Luego, añade esta inquietante posdata: "Algunas encuestas muestran, que las personas

criadas en denominaciones abstemias tienen tres veces más probabilidades de convertirse en alcohólicos".

¿No es interesante? Hágase un favor en algún momento, y simplemente siéntese y lea todo el capítulo 7 de Romanos. Pablo escribe sobre este mismo fenómeno: cómo el legalismo, o nuestros intentos de tratar de ser perfectos mediante nuestra propia observancia de la ley, terminan haciéndonos pecar aún más. Un versículo, en particular, se renueva para hoy en la paráfrasis de Eugene Peterson, "El Mensaje": "El mismo mandato que se suponía debía guiarme a la vida", confiesa Pablo, "fue hábilmente utilizado para hacerme tropezar, arrojándome de cabeza" (versículo 11).

Para la mayoría de nosotros, esto va desde la trampa de arena del campo de golf, hasta el arenero de la escuela infantil. Tan pronto como el Maestro dice, "No lo hagan", lo hacemos. Cuando el cartel dice "Pare", avanzamos. Si dice, "No fumes", nosotros fumamos. Si existen reglas, queremos romperlas. Y si mucho depende de que seamos buenos, naturalmente, bajo esa presión, hacemos lo malo. Nos equivocamos. Es cierto en los deportes, y es cierto en la vida.

Yancey nos da una segunda ilustración, y tal vez usted pueda identificarse más con esta lección objetiva. "La iglesia, dice Robert Farrar Capon, 'ha pasado tanto tiempo inculcándonos el miedo a cometer errores, que nos ha convertido en estudiantes de piano mal educados. Tocamos nuestras canciones, pero nunca las escuchamos realmente, porque nuestra principal preocupación no es hacer música, sino evitar errores al tocar'"

¿Recuerdas al infame gobernante colocado sobre tus nudillos? Y si te sacaste un 5 en lugar de un 10, ¡zas! Si llegaste en el tiempo cuatro, en lugar de tres, ¡zas! Si tu arpeggio fue incómodo, ¡zas! Y al poco tiempo estabas tan nervioso, que tu recital clásico sonó como pésimo. El perfeccionismo te estaba convirtiendo en el alumno de piano más imperfecto.

Pero, en segundo lugar, la perfección no es la base de nuestra salvación. No recibimos el reino según lo bien que lo hagamos. La sangre de Jesús derramada en la cruz es siempre el fundamento de nuestra salvación, la fuente de nuestra esperanza. Su actuación en el recital cuenta, no la nuestra.

La tercera realidad, entonces, es esta: la bondad y la perfección, como quiera que se definan en la Palabra de

Dios, son cosas que Dios mismo da. Él nos lleva a la perfección. En 1 Juan 1:9 (¡cuán frecuentemente parece que vamos allí!), encontramos no una, sino dos promesas inolvidables. "En primer lugar", dice Dios, "si confiesas tus pecados, te perdonaré. Y en segundo lugar, te limpiaré. Te purificaré. Te haré bueno. Te haré perfecto, y por una definición celestial de perfección, mucho más allá de lo que puedas soñar."

Entonces, de una manera muy emocionante, simplemente entregamos toda esta cuestión de la perfección a Jesús. Decimos, "Señor, haz de mí, lo que quieras". Y entonces, la cantidad de perfección, el progreso, el ritmo, todo, se convierte en Su responsabilidad, no en la nuestra. Ahora estamos tocando en Su orquesta.

Esto nos lleva a una cita final de C. S. Lewis sobre este asunto, que se acerca a ser la verdad más maravillosa que un cristiano puede considerar. Está en un capítulo titulado "Fe", de su libro "Mero Cristianismo". Y habla precisamente de esta cuestión de intentar ser bueno. Si tenemos fe en Dios y creemos en el Calvario, ¿abandonamos entonces nuestros propios esfuerzos por seguir las reglas y tocar bien el piano?

"Entregarlo todo a Cristo no significa, por supuesto, que dejes de intentarlo", escribe Lewis. "Confiar en Él, significa, por supuesto, tratar de hacer todo lo que Él dice. No tendría sentido decir que confiaste en una persona, si no sigues su consejo. Por lo tanto, si realmente te has entregado a Él, lo que debe seguir es que estás tratando de obedecerle". Ahora, por favor, memorice la siguiente línea. "Pero intentándolo de una manera nueva, con menos preocupación".

¿No es un concepto apasionante? Probarlo de una manera nueva, menos preocupada. Obedecer con una nueva actitud, una actitud de alegría, no de nerviosismo. Tocar grandes sinfonías para Él, con esperanza y entusiasmo confiado, no con miedo. Y Lewis termina con esto: "No hacéis estas cosas", la obediencia, la perfección, "para ser salvos, sino porque Él ya ha comenzado a salvaros. No esperando llegar al Cielo como recompensa por vuestras acciones, sino queriendo inevitablemente actuar de cierta manera, porque ya está dentro de ti un primer débil destello del Cielo."

Aquí hay una ilustración de un amigo pastor. Estás intentando conciliar el sueño, y si no estás dormido a las 11 de la noche, te cobrarán una multa de 20000 dólares.

¡Veinte mil dólares! Naturalmente, estás tan asustado por eso que no puedes pegar un ojo. Olvídalo. Pero entonces llega una persona amable, y dice: "Ya sabes, los 20000 dólares, no te preocupes. Esa parte está cancelada. Yo me he encargado de ello. Adelante, descansa un poco". ¡Qué paz! Y antes de que te des cuenta, ¿qué estás haciendo? Dormir como un bebé. Estás obedeciendo.

CAPÍTULO 5: ¿QUIÉN SE VE BIEN SI NO PECAS?

Un verano estaba hablando en un campamento cristiano. Y después de cada velada en la gran carpa, por supuesto, se puede entender que todo tipo de personas vienen a visitar al orador invitado. Dicen: "Pastor Venden, ¿podría orar conmigo?", o "Pastor Venden, no entendí el último versículo que usted mencionó. ¿Dónde lo encuentro?", o "Pastor Venden, déjeme aclararle esto y aquello". Eso siempre es una aventura, y estoy seguro de que a veces se necesita un poco de aclaración.

Pero de vez en cuando, aparece una persona y tiene todo tipo de cuadros, gráficos, y cronogramas. Y dicen que he escuchado esto cientos de veces, si lo he escuchado una vez: "Hermano Venden, por favor mire esto. Realmente creo que he podido señalar la fecha... y alabado sea el Señor, Jesús vendrá en el año 1995!

Bueno, intentas ser cortés en momentos como ese, y llevar a las personas de regreso al equilibrio que siempre encontramos en la Palabra de Dios. Pero una noche se me acercó un hombre muy decidido, y tenía que hacerme un

anuncio. "Hermano", dijo, "quiero que sepas algo. No he pecado en los últimos cuatro años".

Bien. Era algo nuevo, y tuve que tragar saliva un par de veces. "¿Está bien?". Y el hombre con su Biblia dijo: "Sí". Me dijo con verdadera convicción: "No he pecado. Cuatro años. El pecado es la transgresión de la ley de Dios, y en cuatro años no he transgredido la ley de Dios. Así que ahí está". Y ya sabes, en realidad estaba bastante orgulloso de esos cuarenta y ocho meses perfectos. Lo había hecho muy bien.

Así que busqué a mi esposa para ver si podía rescatarme. O tal vez un terremoto, o un apagón. Pero después de uno o dos momentos delicados, pude liberarme de este santo perfecto, y regresar al pequeño dormitorio donde me alojaba. Pasaron un par de años. He aquí, mi itinerario de viaje me llevó de regreso al mismo lugar del campamento de verano. La misma tienda, el mismo dormitorio, todo igual. Y me dije a mí mismo: "Oh, muchacho". Efectivamente, una noche después de la reunión, mirando de reojo vi algo familiar. Era el mismo tipo que venía hacia mí, otra vez. Se plantó frente a mí, a unos quince centímetros de distancia, sacó la barbilla, y dijo

sólo dos palabras: "¿Te acuerdas de mí?". Y yo respondí: "¿Cómo podría olvidarlo?"

La mayoría de nosotros tenemos una reacción negativa instantánea ante una historia como esa, particularmente porque sentimos que ciertamente hemos pecado en los últimos cuatro años, y ¿quién es esta persona para afirmar que no lo ha hecho? Pero reiteremos que la Biblia sí nos invita a buscar la perfección. Se nos anima a no pecar. El apóstol Juan lo dice explícitamente en 1 Juan 2:1. "Os escribo esto para que no pequéis" (NVI).

Sería maravilloso si pudieras pasar cuatro años sin pecar. O cuatro meses, o incluso cuatro días. Jesucristo lo hizo durante treinta y tres años, y la Palabra de Dios lo describe como nuestro Ejemplo. Pero tan pronto como alguien nos dice: "Lo he hecho", no sólo pensamos que no lo ha hecho, sino que decidimos que el orgullo que se necesita para decir que lo ha hecho, demuestra que no lo ha hecho. (¿Seguiste eso?)

Hay una verdad bíblica clave, una realidad celestial sobre el tema de la perfección, que aún no hemos descubierto. Aquí está: el propósito de cualquier perfección que Dios tenga en mente para su pueblo es darle honor y gloria. A Él, no a nosotros.

Y vean, el hombre bajo la gran carpa, esa calurosa noche de verano, no estaba pasando esa prueba. "Mírame", dijo. "¡Hace cuatro años que no peco! ¡Alabado sea el Señor!". Bueno, sus labios podrían haber dicho: "Alabado sea el Señor", pero su lenguaje corporal decía: "Alabado sea aún más. Cuatro años, sin pecados. ¡Mira lo que he hecho!"

Tú y yo debemos mantener esta realidad frente a nosotros, todos los días de nuestras vidas. Dios se trae honor y gloria, a sí mismo, a través de nosotros. Si es Cristo el que habita en nuestro interior, entonces es Su obra. ¿Vamos a exonerar a Dios por nuestra vida santa? No, Dios se va a exonerar de todo lo que pueda hacer en nuestras vidas. Nunca hablemos de ello como si fuera obra nuestra.

Justo en el corazón mismo del maravilloso Sermón del Monte de Jesús, en el que habla, y habla, y habla sobre las buenas obras y la santidad, hace esta increíble declaración, que pone en perspectiva todos nuestros intentos de ser perfectos. "Que vuestra luz brille delante de los hombres", dice Jesús (Mateo 5:16, NVI).

De inmediato, eso significa que hacer brillar tu luz es algo bueno. Es cierto que obedecer la ley de Dios es un maravilloso testimonio para la comunidad. Cuando tienes

un buen matrimonio, cuando cumples tu palabra, cuando respetas la propiedad de los demás, cuando cuidas de tus padres, eso es dejar brillar tu luz. Deberías hacerlo. Deberías aspirar al bien, no al mal. En el golf es mejor apuntar al hoyo que al agua, y al tocar el piano es mejor intentar tocar las notas correctas, no las equivocadas. Por eso Jesús dice: "Dejad que vuestra luz brille delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras". Pero luego vienen estas seis palabras adicionales, vitales, y de suma importancia. "Y alabad a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:16, NVI).

¿No es eso un cambio de paradigma impresionante? Amigo, si tienes, aunque sea una pizca de perfección en ti, buenas obras, obediencia, vida lícita, lo mejor es que eso honra a Dios. Glorifica Su nombre, como dice en la versión King James. No te gana la salvación, no te califica para la vida eterna. Simplemente hace que Dios luzca bien. Hace que Su reino parezca válido. Corrobora las afirmaciones transformadoras de su evangelio.

Quizás recuerdes una gran saga olímpica de los estadios deportivos de París. Harold Abrahams se moría por ganar una medalla de oro en la carrera de 100 metros, principalmente por orgullo personal, y también por arrojar

esa medalla en la cara de sus perseguidores antisemitas. Eric Liddell, por otra parte, les dijo a sus amigos cristianos: "Corro para Dios. Y cuando corro, siento Su placer". Ambos hombres corrieron en los juegos de 1924, "perfectamente" diríamos, más rápido que cualquier otro atleta, pero fue Liddell quien honró a Dios con la obediencia al mandamiento del sábado, tal como él lo entendía. Y le dio honor por su cinta azul al Dios al que servía.

Y aquí hay otra viñeta de la historia de Orel Hershiser, un lanzador de béisbol, que confiesa abiertamente a Jesús como su Salvador. En 1988 tuvo esa temporada de ensueño, un año prácticamente perfecto. Y cuando consiguió el último out en un juego de playoffs que envió a su equipo a la Serie Mundial, se arrodilló en el montículo del Estadio Dodger, en un movimiento visto por millones de personas en todo el mundo. Honró a Dios con su dedicación a la excelencia, a una vida saludable, a un estilo de vida cristiano, a la ética del simple y anticuado trabajo duro.

En el libro "El Fragmento de Filipos", Calvin Miller muestra la diferencia entre traer gloria a Dios, y traer gloria a uno mismo. Es una historia sobre Helena, la curandera,

en los días en que los cristianos se enfrentaban a la arena, a los leones, y a los leprosos.

"Helena es diferente. Vino a Filipos con la convicción de que Dios ama a los que sufren, y está determinada a participar con Dios en este amor. Me temo que no es una gran mujer del espectáculo. Simplemente se mezcla con la humanidad, para llevar la divinidad tan lejos como sea posible. Soy más rico al conocerla. Ella rara vez hace algo que uno pueda llamar un milagro. La semana pasada impuso sus manos a un niño lisiado, y no pudo curarlo, pero le dio un par de muletas nuevas, y le prometió llevarlo a caminar por el parque aquí en Filipos".

"Ayer con mis propios ojos la vi pasar junto a un amputado que vendía lápices. Le tocó las piernas y gritó: '¡Vuelve a crecer! ¡Vuelve a crecer! ¡En el nombre de Jesús, vuelve a crecer!'"

"Bueno, Clemente tenía muchas ganas de ver que las piernas volvieran a crecer, pero no fue así. Pobre Helena. ¿Qué puede hacer una curandera con un amputado al que se negó a que le crecieran las piernas cuando se lo ordenaba?"

"Se sentó con el hombrecito, cruzó las piernas sobre el frío pavimento, y comenzó a vender lápices. Pronto estaba

hablando con él, y al poco tiempo ambos estaban riendo juntos. Durante una hora rieron juntos, y al caer la noche, lo estaban pasando muy bien."

"Cuando llegó el momento de irse, las piernas de Helena estaban tan rígidas por el desuso, que se negaban a moverse. Su amigo sin piernas, vendedor de lápices, gritó en broma: '¡Hazte fuerte! ¡Hazte fuerte! ¡Hazte fuerte!'. Helena se limitó a sonreír, y se tambaleó hacia arriba sobre sus piernas inestables".

"Miró a su humilde amigo, y dijo: 'Te ofrezco curación, ya verás. Está a sólo un mundo de distancia. Algún día'. Se detuvo y sonrió, 'entrarás en una nueva vida, y escucharás que nuestro Salvador diga a vuestros muñones sin piernas: '¡Creced mucho! ¡Creced mucho!'. Entonces conocerás esa gloria que la hermana Helena sólo soñó para ti".

"Él sonrió y dijo: '¿Se cura a todos de esta manera?'"

"Es mejor curar con promesas que prometer curación".

"Tienes razón, hermana Helena. Pero más que razón, eres una evidencia de que nuestro Padre aún sana el espíritu de los amputados, incluso cuando no les crecen

piernas. Y, una vez que el espíritu es sanado, las piernas pueden prescindir de ellas."

"Helena se dio vuelta y siguió caminando calle abajo. Estaba cerca del anfiteatro donde realiza su gran cruzada, cuando vio a una joven sin brazos".

"¡Crece! ¡Crece! ¡En el glorioso nombre de Jesucristo, crece!", gritó."

"La niña parecía desconcertada y se miró los hombros, donde sus brazos se negaban a estar. No le parecía que estuvieran creciendo".

"'Tenía miedo de eso', dijo Helen. 'Oh, bueno, supongo que puedo faltar a mi reunión una noche. Jovencita, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que alguien te peinó?' Y se sentó junto a su nueva amiga, y sacó su peine. Por primera vez en mi vida, Clemente, quería ser curandero".

"Después de que terminó la cruzada anoche, Helena vino a nuestra casa en busca de pichones y panales. ¿No lo sabrías? Trajo un par de leprosos hambrientos".

Esa es la perspectiva de Mateo 5:16. Deja que tu luz brille. Que la gente vea vuestras buenas obras, vuestro trabajo de amor. Y luego glorifica a tu Padre que está en el cielo.

CAPÍTULO 6: VIAJES GRATIS A HAWÁI

En el sur de California, cuando te subes a un avión y despegas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, casi todos los vuelos comienzan con un despegue sobre el océano. Subes cada vez más alto sobre esas hermosas playas y las primeras millas del Pacífico. Luego, a menos que tengas la suerte de dirigirte hacia Hawái, el avión regresa, se adentra en el smog y sale a destinos menos glamorosos en el territorio continental de los Estados Unidos.

He tenido la suerte de haber volado a Oahu o Maui tantas veces que, incluso cuando mi avión hace el habitual giro en U y se dirige a Dullsville, se me pasa por la cabeza: "Seguro que sería bueno ir a Hawái". Y también lo he pensado algunas veces, cuando iba a Hawái: ¡Claro que es agradable estar en un avión... y no nadar hasta Waikiki!

Lo que me lleva a una vieja parábola que he usado varias veces a lo largo de los años. La premisa de la historia es que Hawái es igual a la perfección. Si un cristiano quiere mejorar su vida y llegar hasta la perfección... bueno, eso es Hawái. En la ecuación de la parábola, Hawái es igual a la perfección. ¡Así que ahora realmente queremos llegar allí!

Pero ya sabes, es un viaje muy largo a nado desde Venice Beach, o Point Mugu, o el muelle de Santa Mónica hasta Hawái. Ahora, los cristianos sinceros se meten en el agua y salen nadando. Pero no muy lejos. Por lo general, dan vuelta muchos kilómetros antes de que las palmeras de Honolulu aparezcan a la vista. Y así, en la parábola, la idea comienza a extenderse por el sur de California de que es imposible llegar a Hawái. La perfección simplemente no es algo que un cristiano pueda esperar lograr alguna vez.

Y, sin embargo, la Biblia, o el manual de nadadores, podríamos decir, habla de Hawái. Deberías llegar allí, dice página tras página. "Sed perfectos", dice en Mateo. O "Sé un nadador que llegue a Hawái". Y así, el verdadero desánimo se apodera de la playa, donde la mayoría de los nadadores todavía se encuentran muy cerca de la costa de California.

Ya mencionamos una historia conocida en Mateo, que nos habla de un joven rico que le pregunta a Jesús qué tiene que hacer para llegar al cielo. Y Cristo dice: "Guarda los mandamientos".

"Oye, ya estoy haciendo eso", dice el millonario mientras se ajusta el traje de baño, y se pone un poco más de protector solar. "Ya he nadado prácticamente todo el

camino hasta Hawái." Y luego Jesús dice: "Bueno, sólo una cosa más. Vende todo lo que tienes y regálalo todo. De hecho, fíjate en la transcripción textual del capítulo 19, versículo 21: " 'Si quieres ser perfecto' ", y llegar a Hawái", 've, vende tus bienes, y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Entonces ven, sígueme'" (NVI).

¡Y sabes, esa es una historia terrible! Eso realmente está a la par con "nadar hasta Hawái". Y decimos: "¡No se puede!". Todos los discípulos miraron boquiabiertos a Jesús y dijeron: "¡Señor, esto no se puede hacer!" "¿Quién entonces podrá salvarse?" (versículo 25). ¡Jesús, nadie puede nadar tan lejos!

Entonces, Cristo mismo aborda la pregunta: ¿Podemos llegar a ser perfectos? ¿Podemos concentrarnos en deshacernos de este pecado, luego de aquel, luego del otro, en otras palabras, nadar, nadar, nadar, y finalmente arrastrarnos hasta el porche delantero del Honolulu Hilton? El cristiano promedio comienza a preguntarse y preocuparse: ¿Cómo puede una persona ser perfecta y luego venir y seguir a Jesús? Eso es imposible. Primero debes venir a Jesús, antes de que puedas esperar ser perfecto. Pero al echar un segundo vistazo a este texto, descubrirá que Jesús en realidad nos está diciendo cómo

ser perfectos. Hay profundas lecciones espirituales en este pasaje de las Escrituras.

Bueno, ¿cuáles son? ¿Qué le dice Jesús a este joven rico? "Ve y vende todo lo que tienes". Eso está hablando de algo más que dinero. Deshazte de lo que tienes. Puede que tengas mucho talento. Deja de depender de tu talento. Puede que seas rico en buena apariencia, pero te vanaglorias cada vez que te miras al espejo. Deshazte de tu dependencia de tu buena apariencia. Puede que seas rico en inteligencia. Véndelo, en términos de depender de él. Vende todo lo que tienes. Deshazte de todas las cosas de las que dependes de alguna manera como sustituto de la dependencia de Jesús. Renuncia, no sólo a tu dinero, talentos, o habilidades, sino a ti mismo. Esta es la esencia de las enseñanzas de Jesús, la entrega de uno mismo, el abandono de SER.

Note que la Biblia no dice que todos debemos deshacernos de nuestro dinero. Pero debemos dejar de depender del dinero. O de nuestra inteligencia. O de nuestros planes. O de nuestros talentos y habilidades. Y sí, si nuestro dinero nos estorba tanto que nos impide depender de Jesús, entonces debemos deshacernos de él.

Pero realmente, ¿qué tiene esto que ver con la perfección y Hawái? Aquí está la conexión. Nunca llegaremos a ser perfectos si nos concentramos en la perfección. Sólo vendrá si reflexionamos sobre Jesús.

Aquí hay un poderoso principio del evangelio. La Biblia nos invita a aspirar a la perfección. Pero no aspiramos a la perfección, aspirando a la perfección. No tenemos éxito haciendo una lista de las cosas que HACER y NO HACER, y cada día intentamos arrastrarnos hacia abajo en esa lista. Este enfoque nunca ha funcionado, y nunca funcionará. En primer lugar, no se puede hacer una lista lo suficientemente larga y precisa. ¿Qué ES la perfección? En segundo lugar, cuando te deshaces de los pecados número 1, 2, 3 y 4, normalmente descubrirás que el pecado número 1 ha regresado vigorosamente. Lo hemos demostrado repetidamente en nuestras propias vidas. Vale la pena decirlo una segunda vez, y tal vez mil veces: no llegamos a ser perfectos centrándonos en la perfección, sino que llegamos a ser perfectos al centrarnos en Jesús. Porque Él es perfecto. Y tú y yo siempre seremos como las cosas que contemplamos y admiramos, ya sea el Jesús que vemos en la Biblia, o el actor que vemos en la pantalla.

Bueno, volvamos al Proyecto Honolulu y a esa gente desanimada en la playa de California. Un día, un rumor maravilloso comienza a correr de un nadador a otro. Hay un avión estacionado en el aeropuerto y se dirige a Hawái. Si llegas a conocer al piloto del avión, él mismo te llevará a Hawái. No es necesario nadar, simplemente tienes que familiarizarte con este generoso Piloto. Y mientras algunos nadadores siguen insistiendo: "¡No, debemos nadar! ¡Debemos esforzarnos! ¡Debemos trabajar!". Los demás dicen: "No, debemos ir al aeropuerto".

Hay una hermosa historia en el libro del Génesis... y es sorprendente cuán rápido en la sórdida historia de la humanidad, la gente comenzó a alejarse de una relación con ese amigable Piloto, y comenzó a construir sus propias torres para llegar a los cielos. Pero había un hombre llamado Enoc que amaba a Dios. Y la Biblia no dice que trabajó muy duro para ser perfecto. No mantuvo una lista, no intentó nadar mar adentro más que los otros primeros patriarcas. Pero debe haber sido perfecto a los ojos de Dios, porque hay un pequeño informe silencioso que nos dice que Enoc desapareció repentinamente.

"Entonces un día desapareció, porque Dios se lo llevó" (Génesis 5:24, NVI).

¿No es hermoso? Y Enoc alcanzó la perfección, no esforzándose duro, sino caminando con Dios. La Biblia lo dice explícitamente en el mismo versículo. En la gran versión King James: "Y Enoc caminó con Dios, y desapareció, porque Dios lo llevó".

¿Te gustaría crecer en gracia y llegar a ser perfecto en la forma en que Dios te invita? Entonces camina con Dios. Pasa tiempo con Jesús. Dedica una hora de reflexión, cada día, a pensar en Él, y a tener comunión con Él. "Pon tus ojos en Jesús, mira de lleno su maravilloso rostro".

C. S. Lewis escribió un cierre tranquilo y reflexivo, para un ensayo que una vez compuso sobre la perfección y la fe. "Creo que todos los cristianos estarían de acuerdo conmigo", escribe, "si dijera que, aunque al principio el cristianismo parece tener que ver exclusivamente con la moralidad, con deberes, reglas, culpa y virtud", eso suena como "nadar hasta Hawái". ¿No es así? "Sin embargo, te lleva más allá de todo eso, hacia algo más allá. Se vislumbra un país donde no se habla de esas cosas, excepto quizás en broma. Allí todos están llenos de lo que deberíamos llamar bondad, como un espejo está lleno de luz. Pero ellos no lo llaman bondad. No lo llaman de ninguna manera. No están pensando en ello. Están demasiado ocupados

mirando la fuente de la que proviene. Pero esto "Está cerca de la etapa donde el camino pasa sobre el borde de nuestro mundo".

CAPÍTULO 7: EL VICEPRESIDENTE REBELDE

Aquí en Estados Unidos probablemente nunca superaremos la pesadilla de CNN llamada "Elección 2000". ¿Quién en el mundo, el 7 de noviembre, habría predicho las interminables semanas que se necesitaron para decidir que George W. Bush, finalmente debería mudarse a la gran Casa Blanca en Washington D.C., y convertirse en nuestro presidente número 43?

Y en los treinta y seis días que finalmente transcurrieron, antes de que todos los casos judiciales, y los recuentos de Florida, y de se estableciera un número con el que pudiéramos vivir, todo tipo de políticos y expertos estaban haciendo sugerencias. ¿Cómo podríamos salir de este lío? ¿Debería simplemente haber otras elecciones, sin votos mariposa? ¿Debería resolverse, como en realidad lo hacen algunos estados y países, con un lanzamiento de moneda, o una sola mano de póquer? ¿Debería Gore hacerse cargo de los dos primeros años, y dejar que Bush se quedara con los dos últimos? ¿Deberían los demócratas estar a cargo el domingo, lunes y martes, y los republicanos dirigir el programa la segunda mitad de la semana? Un

cómico nocturno sugirió: "Busquemos a un tipo llamado George W. Gore, y hagámoslo presidente".

Un escenario discutido extensamente fue que quienquiera que ganara haría ciertamente bien en cruzar el pasillo, e invitar a miembros clave del partido de oposición a formar parte del círculo interno, el Gabinete. Pero una propuesta en la que nadie pensó mucho fue la de tener un equipo Gore-Bush en la Casa Blanca, o una administración Bush-Gore. O que el presidente Bush le pida a Dick Cheney que se haga a un lado, para permitir que el demócrata Joe Lieberman sea su vicepresidente.

Bueno, ¡esto sin duda revisita algunas emociones de las que le gustaría mantenerse a 270 millas electorales de distancia! Pero al estudiar la voluntad de Dios para nuestras vidas en este ámbito de obediencia perfecta, la perspectiva imaginaria de un "reino" Bush-Lieberman en Washington, D.C. nos da una lección objetiva muy interesante.

Salgamos del mundo político y vayamos a un libro muy fascinante. Se titula "La naturaleza de Cristo", escrito por un gran erudito cristiano, Roy Adams, quien se desempeña como editor de *Adventist Review*, una revista mundial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. La perfección es un elemento clave en la discusión, y Adams tiene un capítulo

con este título muy sencillo: "¿Qué es el pecado?" Sin duda, esto también ayudaría a definir qué es realmente la perfección. Si las personas que eventualmente vivirán en el reino eterno de Dios son perfectas, ¿cómo vivirán, pensarán y se comportarán?

Es un libro profundo y esclarecedor, pero en un momento Adams nos lleva a un pasaje bíblico que suena simple: Salmo 32:1-2. En realidad, hay cuatro referencias en él, no solo una, al tema del pecado. Y obtenemos una imagen única y distinta en cada uno: "Bienaventurado aquel cuya transgresión es perdonada, cuyo pecado está cubierto. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño".

Puedes contar esas cuatro palabras: "transgresión", "pecado", "iniquidad" y "engaño". Todos suenan simplemente como "pecado", pero escondidos debajo de la superficie hay algunos matices poderosos aquí, imágenes de cuatro palabras.

Empecemos por arriba. "Transgresión." "Bienaventurado aquel cuya transgresión es perdonada". Esas son buenas noticias, por supuesto, pero aquí en el libro de los Salmos, en el idioma hebreo original, está esta palabra: "pesha". Los eruditos nos dicen que "pesha"

significa "rebelión", "alejamiento de Dios". El "Diccionario del Intérprete de la Biblia" dice: "Pesha" es la palabra más profunda del Antiguo Testamento para "pecado", lo que indica su significado teológico como "rebelión contra Dios". "Entonces, este "pesha" no es simplemente golpearse el dedo del pie y soltar una palabra impaciente, o tomar demasiado helado en Baskin-Robbins, sino que es un acto de agitar el puño ante Dios. Es una tremenda buena noticia que Dios perdone incluso tal acto de rebelión.

Aquí está la definición número 2, de la palabra pecado misma. "Bienaventurado aquel cuyo pecado está cubierto". Y aquí "pecado" viene de "chata'ah", que describe un cuadro de "errar el blanco, no cumplir con el deber", según el Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día, Tomo 3. Las cosas buenas que deberías hacer, pero que no haces, los vasos de agua fría que podrías compartir, pero no lo haces. El testimonio que podrías dar, pero que no das. A estos los llamamos "pecados de omisión", y el Dr. Adams comparte una linda frase de la Escuela Dominical de un niño que dice: "¡Los pecados de omisión son pecados que debería haber cometido, pero que no los cometí!"

Pasemos al número 3: "Iniquidad". "Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa iniquidad". Tenemos

que mirar, en nuestra tarjeta didáctica, una tercera palabra hebrea para analizar: "awon". ¿Qué significa eso? Los comentarios describen "awon" como "distorsión moral" o "perversidad". Todos nacemos, de hecho, llegamos a la sala de partos con una deformidad espiritual dentro de nosotros. Adams usa las palabras "perverso" y "retorcido", como parte del currículum de cada ser humano en este planeta, excepto Jesús. Ese tipo de pecado está integrado en nuestro interior, al igual que el software que viene automáticamente con su nueva computadora portátil. El propio rey David, apenas unos salmos después, admite: "En maldad fui formado, y en pecado me concibió mi madre".

Aquí está el último tipo de "pecado" que se encuentra en este pasaje de la Biblia: "engaño". "Bienaventurado el hombre en cuyo espíritu no hay engaño". Ya tenemos una idea de lo que significa engaño, pero en hebreo la palabra es "remiyyah". Y sí, significa lo que crees que significa: "engaño, falsedad, duplicidad". Pensamos en las resbaladizas respuestas de los políticos: "Sin autoridad legal controladora". "¿Que significa?" "¿Alguna vez lo arrestaron por conducir en estado de ebriedad?" "No lo recuerdo." Ese tipo de cosas, y nos pasan a ti y a mí también, ¿no?

Bueno, ahí está la lista de cuatro. El pecado puede ser rebelión. Puede significar quedarme corto, no hacer todo lo que podía hacer. Puede significar la torsión interna del alma, algo que empezamos a exhibir en la sala de partos del hospital. O puede significar engaño, una actitud de engaño resbaladizo cuando no se puede confiar en mí.

Y la buena noticia es que Dios promete perdonarnos por estas cuatro dolencias. Incluso el engaño. Un pecador del Antiguo Testamento llamado Jacob se alegra por eso. Incluso la rebelión. Un chico malo del Nuevo Testamento llamado Pablo está muy agradecido por eso.

Pero la pregunta constante es esta: cuando lleguemos al final de nuestro camino en la vida, ya sea porque alguien nos lleva en auto al cementerio, o porque miramos hacia las nubes y vemos a nuestro Amigo llamado Jesús viniendo a rescatarnos. ¿Una persona sigue pecando de estas cuatro maneras? ¿O el pueblo de Dios habrá llegado a ser perfecto? Cuando el libro de Apocalipsis describe personas sin mancha, ¿significa eso que habrán superado estas cuatro avenidas de pecado?

Roy Adams nos da una respuesta que tiene mucho sentido. ¿Seguirá enfrentando el pueblo de Dios, ya sea ahora o en los últimos días, la realidad de la "chatta'ah"?

¿Perdiendo el objetivo? ¿A veces quedándonos cortos? Sí, lo haremos, porque somos humanos. Y Dios sabe que somos seres humanos, hijos del polvo.

Otra pregunta: ¿Tendrán incluso los santos de la generación final un problema genético con "awon", esa distorsión interna? ¿Los últimos bebés cristianos nacidos en el planeta Tierra tendrán todavía una deformidad en su interior, provocada por el hecho de ser tataranietos o hijas de Adán y Eva? Por desgracia sí. Estos dos tipos de pecado, de errar al blanco y la distorsión interna, son maldiciones que no serán eliminadas hasta que Dios nos lleve a esa tierra mejor y nos haga nuevos.

Pero ahora a los otros dos: Rebelión y engaño resbaladizo. ¿Podría salvarse una persona rebelde, que agita los puños y que odia a Dios? ¿Sería seguro llevar al cielo a una persona con una maleta repleta de "pesha", con pensamientos de revolución? Bueno, ¿por qué querría siquiera ir allí? ¿Podría un hombre o una mujer que se aferrara a un estilo de vida de mentiras interminables, de encubrimiento, de pecado impenitente y desafiante, ser un buen candidato para el gobierno abierto, honesto, puro como la nieve del Paraíso?

Volvamos a Washington y la administración de Bush y Cheney. Seguramente hubo días en los que el presidente le diría a su segundo al mando: "Dick, ¿hiciste tal o cual cosa?". Y Cheney decía: "Sr. presidente, lo siento. Yo sólo... no terminé eso todavía. Ayer estuve ocupado con otras cosas". O: "Tuve una emergencia familiar con Lynn, y no pude resolverla. Lo siento. Pero mañana seguro". Eso sería, en cierto sentido, un "pecado de omisión". Y el Sr. Cheney podría llamar al Senado, y conseguir que su buen amigo Joe Lieberman nos dé una muy buena interpretación de un judío ortodoxo de "chatta'ah", ¿no podría? "Él es leal. Tiene buenas intenciones... pero se equivoca de vez en cuando".

¿Pero le convendría al presidente tener como vicepresidente a un hombre que se opone activamente a la agenda? ¿Querría el presidente Bush tener a Joe Lieberman, por muy fiel estadounidense que sea, sentado en el pasillo, tratando de revocar la política fiscal del presidente, y saboteando sus elecciones en la Corte Suprema? Podemos entender que no habría nada más que "pesha", "pesha" y más "pesha" provenientes de la oficina del vicepresidente Lieberman al final del pasillo. Rebelión, rebelión, rebelión. Y eso no se puede tener... ni en la Oficina Oval, ni en el reino de Dios.

Afortunadamente, tenemos un Comandante en Jefe que sabe conceder indultos. Y corazones nuevos.

CAPÍTULO 8: ¿CUÁL ES TU OBJETIVO EN EL FÚTBOL?

Un niño llamado Edson tenía apenas quince años cuando el veterano mundialista Waldemar de Brito lo observó detenidamente, y luego dijo a sus compañeros: "Este niño será el mejor jugador de fútbol del mundo". Se trata de una afirmación audaz, sobre un adolescente que sólo llevaba cuatro años pateando una pelota en el campo. Hasta que cumplió once años, el joven Edson había ayudado a mantener a su familia como lustrabotas. Pero De Brito tomó a este adolescente y lo puso en el equipo profesional del Club Sao Paulo, donde procedió a acumular, durante dieciocho años, un total de 1281 goles en su vida, y jugó en cuatro Copas del Mundo, donde anotó 12 goles en 14 partidos. Era tan admirado que cuando su equipo Santos viajó a Nigeria para algunos partidos de exhibición, el país suspendió su guerra civil en curso, y firmó un armisticio de 48 horas para que ambas partes pudieran verlo jugar.

Edson se hizo conocido entre los fanáticos de todo el mundo como la Perla Negra, y los medios de comunicación franceses lo apodaron "El Rey". Y si el nombre Edson

Arantes do Nascimento no te suena, quizás lo recuerdes como Pelé. Sin duda el mejor futbolista de la historia.

Bueno, no todos podemos anotar un triplete, o anotar un cabezazo, o burlar a los defensores como el Perla Negra, pero en Estados Unidos, es una visión muy familiar los sábados o domingos por la mañana temprano. Las camionetas y los SUV se estacionan junto a campos verdes y cubiertos de hierba, y los padres comienzan a colocar conos naranjas. Hay marquesinas donde los espectadores pueden obtener algo de sombra, y sillas de jardín para que los orgullosos padres puedan observar toda la acción con la comodidad de un suburbio. Y muchas veces hay un cartel al lado de la entrada del parque, con estas cuatro letras: AYSO. La Organización Estadounidense de Fútbol Juvenil y, a menudo, el "AYSO" está ingeniosamente integrado dentro del eslogan más largo: "Juega Fútbol". Desde 1964, cuando comenzó la organización AYSO en Torrance, California, más de 630.000 jóvenes han competido como Pelé, intentando hacer pasar el balón al portero.

Es un consenso mundial que un jugador de fútbol como Pelé debería estar en el pedestal. Obviamente está en el Salón de la Fama, incluido allí en 1993. Y si algún

jugador en la historia fuera calificado como "perfecto", sería el Perla Negra, promediando, como lo hizo, casi un gol por partido, durante toda su carrera. Pero aquellos de ustedes que disfrutan de la descripción demográfica de "mamá del fútbol", saben todo acerca de ese fin de semana en el campo a tres cuadras de su casa. Tu pequeño hijo de cinco años está en un equipo. Y su hijo o hija, con sus botines de fútbol talla dos, su camiseta profesional, y sus calcetines hasta la rodilla, está en el campo agitándose con los otros niños, tratando de estrellar el balón contra los postes. En su sitio web, AYSO declara que está verdaderamente dedicada al buen espíritu deportivo, cada niño, sin importar cuán hábil o no, cuán perfecto o imperfecto sea, tiene que jugar al menos medio juego. ¿No es lindo? Pero entre tú, yo, y el poste de la portería, no podemos evitar imaginar que los padres y amigos ven todo tipo de fútbol que se juega allí. Tiros fallidos. Patadas en las espinillas en lugar de patadas en las pelotas. Niños cayendo de bruces. Bolas saliendo a chorros fuera de los límites.

Y, sin embargo, cuando termina el juego, incluso si tu equipo pierde 15 a 0, me imagino que abrazas a tu hijo y le dices: "¡Cariño, gran trabajo! Me gustó verte jugar. ¡Eso fue perfecto!".

Y él dice: "¡Mamá, nos mataron!"

"Oh, ¿a quién le importa? Hiciste un buen trabajo. Jugaste duro. Hiciste lo mejor que pudiste".

En otras palabras: "Cariño, durante cinco años lo hiciste bien". Jugaste como un buen niño de cinco años. ¿Qué más puede pedir mamá? Vamos a tomar un helado." Si la perfección se define, como lo hace muy claramente la Biblia, como "madurez", crecer en gracia, entonces a su hijo, con esos pantalones cortos manchados de barro, le va bien.

Piense nuevamente en esas cuatro palabras hebreas, que describen nuestro mal juego de fútbol. Uno de ellos es "awon", ese "giro" o distorsión pecaminosa dentro de nosotros. Un poco más adelante en su libro, Adams dice lo siguiente: "A través del proceso de santificación (como se entiende comúnmente en la teología cristiana), Dios obra para contrarrestar y corregir este mal que hay dentro de nosotros. 'La santificación es la obra de toda una vida', porque se necesita tiempo, incluso para Dios, para lograr el cambio necesario".

Luego agrega esta idea adicional: "Es un proceso que implica permitirnos intentar... y fallar... y experimentar... y tener éxito, en Él. Implica desilusión y dificultades, dudas y

fe, miedo y confianza, y mil otros factores, todo bajo el control del Espíritu. El cincelar, el pulir, el enderezar, el aflojar, y el apretar, nunca paran. Cada día, a medida que seguimos conociendo al Señor, la materia prima de nuestros espíritus torcidos se vuelve más flexible, más maleable. Así, el Espíritu manso nos moldea continuamente a la imagen divina".

Hay una verdad poderosa en esa disertación bastante profunda. ¿Lo notaste? "La santificación es la obra de toda la vida". Convertirse en un gran héroe del fútbol no ocurre en cinco minutos. Pero Dios nos lleva con paciencia y gracia a lo largo de muchos, muchos juegos. . . muchos, muchos moretones... muchas, muchas victorias y derrotas... hacia Su propio Salón de la Fama de la Fe.

C. S. Lewis describió una vez a Dios como una especie de papá futbolista, que observa a su hijo de cinco años en el campo. Aquí está su tipo único de "jugada por jugada":

"Este Ayudante que, a la larga, estará satisfecho con nada menos que la perfección absoluta", escribe, "también estará encantado con el primer esfuerzo débil y tambaleante que hagas mañana, para cumplir con el deber más simple. Como un gran escritor cristiano (George McDonald), todo padre se alegra con el primer intento de

caminar del bebé. Ningún padre estaría satisfecho con nada que no fuera un andar firme, libre, y varonil, en un hijo adulto. De la misma manera, dijo: 'Dios es fácil de agradar, pero difícil de satisfacer'".

En el segundo capítulo de Romanos, el apóstol Pablo aborda esta determinación de Dios de guiarnos a Su propia versión de la perfección. No es sólo el papá al margen, Él es el entrenador también. Su aliento es especialmente conmovedor en la paráfrasis de "El Mensaje": "Dios es bondadoso, pero no blando. Con bondad, nos toma firmemente de la mano, y nos lleva a un cambio radical de vida". "La bondad de Dios os lleva al arrepentimiento" (versículo 4), dice la Nueva Versión Internacional.

Podemos alegrarnos de que Dios sea paciente con nosotros cuando pateamos el balón fuera del campo, y fallamos un tiro aquí y allá. Y agradecido de que la santificación realmente sea la obra de toda una vida. Pero es en ambos sentidos: la obra de toda una vida es la santificación. Puedes tener un bebé recién nacido, que puede ser un bebé perfecto que babee y arrulle. Puedes tener un niño de dos años, que se sienta en la acera y dice: "Tonterías, tonterías". Y puede ser un niño perfecto de dos años. Pero si alguien sigue haciendo eso a los veinte años,

nos inquietamos un poco. Si alguien todavía babea y arrulla a los veinte años, sabemos que algo anda mal. Entonces, este concepto de crecimiento, tal como lo dio Jesús, es una muy buena noticia, porque puede ser que algunos de nosotros todavía estemos en las primeras etapas del crecimiento cristiano.

¿Y qué haces si pasan veinte temporadas de fútbol, y todavía no juegas como Pelé? Todavía estás dando tumbos en el campo, fallando, cayendo, y cometiendo errores. Bueno, hay una cosa que no se hace: ¡No se abandona al Entrenador! No le dices: "¡Tu calendario para mi crecimiento es terrible! ¡Me iría mejor solo!", y dejas el equipo. No, permanecer con el Entrenador, tener una relación con el Entrenador, es la única manera en que usted y yo podemos esperar tener éxito. Y realmente, el éxito y las victorias en el fútbol son Su responsabilidad, no la nuestra. Nuestro trabajo es escuchar Sus instrucciones, seguir el modelo de equipo que Él nos da, y salir al campo cuando se nos invite a hacerlo.

Eso nos recuerda la hermosa frase de C. S. Lewis: "Obedecer de una manera nueva, y menos preocupante". Aquí hay una segunda opinión final de Philip Yancey. "Jesús proclamó inequívocamente", escribe, "que la ley de Dios es

tan perfecta y absoluta, que nadie puede alcanzar la justicia". (Incluso Pelé falló algunos tiros, y perdió una Copa Mundial en 1966.) "Sin embargo, la gracia de Dios es tan grande, que no tenemos que hacerlo. Al esforzarnos por demostrar cuánto merecen el amor de Dios, los legalistas pierden todo el sentido del evangelio, que Es un regalo de Dios para personas que no lo merecen". Ahora note esto: "La solución al pecado no es imponer un código de conducta cada vez más estricto, sino que es conocer a Dios".

Sí... conocer a Dios es de lo que se trata.

CAPÍTULO 9: ORGULLOSO DE MIS CUATRO PUNTOS Y MEDIO

Hay un lindo chiste teológico que circula estos días y, en caso de que tus amigos de Internet aún no te lo hayan enviado, dice algo como esto. El diácono Jones llega al cielo y, por supuesto, se encuentra con San Pedro en las Puertas del Cielo. Fiel a la forma de estos chistes, San Pedro le dice que hará falta mil puntos para llegar al cielo.

Y el diácono Jones palidece. ¿Mil puntos? Pero con una leve esperanza en su corazón, le dice a Pedro: "Uh, fui a la iglesia todos los fines de semana durante 68 años". Y el portero consulta su libro de registro. "Es cierto", dice. "Ya veo. Obtienes dos puntos por eso".

¿Qué? ¿Sólo dos? ¿De mil? Y el diácono recuerda todas las ofrendas que dio durante esos 68 años. Varios miles de dólares. Y Pedro hace los cálculos. Un punto. "¿Qué tal 53 años de matrimonio fiel?", pregunta el diácono Jones. Un punto. "Muchas, muchas horas de servicio comunitario". Medio punto. Ahora tiene 4 y medio, y necesita mil.

Finalmente, desesperado, grita: "¡Ay de mí! La única manera de llegar al cielo es por la gracia de Dios". Y San Pedro inmediatamente abre la puerta. "¡Venga!"

Bueno, es una historia maravillosa, pero este es un buen lugar para rebobinar el video, y hacer una pregunta difícil: ¿Qué significaría si realmente se llevara los mil puntos... y no hubiera gracia para cubrirlo? ¿Qué pasaría si tuvieras que ganar la suma total con tus propias buenas obras?

Hemos descubierto, versículo tras versículo de las Escrituras inspiradas, que es bueno aspirar a la perfección. Ningún cristiano fiel debería intentar ser imperfecto, intentar equivocarse, intentar pecar. Cuando sales a un campo con tu arco y flecha, apuntas al blanco, no al estacionamiento de la derecha. Jesús mismo ordenó que sus seguidores aceptaran estas órdenes de marcha: "Id, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a obedecer todo lo que os he mandado" (Mateo 28:19-20, NVI)

Así que la obediencia perfecta es algo bueno, algo por lo que Jesús nos invita a esforzarnos, y a invitar a otros a esforzarse también. Abraham Kuyper escribió una vez: "Un

funcionario que quiere algo más que obedecer a su Rey, no es apto para desempeñar su cargo".

Pero es igualmente cierto, y una buena noticia, que Dios mismo promete obrar en nosotros, ayudándonos a crecer, formándonos como hombres y mujeres perfectos para Su reino. Y la realidad más importante es siempre esta: la perfección no es la base de nuestra salvación. Esa historia de San Pedro es verdad, al menos a medias, por la gracia de Dios, la puerta se abre de par en par, y Jesús dice: "¡Entra! No porque tengas mil puntos, sino porque puedo darte los mil puntos que brotan del Calvario."

Aun así, la primera mitad de esa historia de San Pedro (sólo la primera mitad), realmente infecta a la iglesia cristiana hoy. Siempre lo ha sido, y siempre lo será. Mil puntos. Ganados por ti, mil puntos. Y con el cielo exigiendo mil puntos.

En "¿Qué tiene de sorprendente la gracia?", Philip Yancey nos señala quizás el momento clave de la historia, en el que el legalismo o el perfeccionismo asomó su fea cabeza. Era viernes por la tarde, y Jesús estaba a pocas horas de morir. La gracia que compraría el cielo para todos nosotros, estaba a punto de ocurrir. Pero ¿qué hacía esa tarde, la "buena gente" de la iglesia? "El punto más bajo del

legalismo", escribe, "se manifestó en la ejecución de Jesús. Los fariseos se esforzaron por evitar entrar al palacio de Pilato antes de la fiesta de la Pascua, y organizaron la crucifixión de manera que no interfiriera con las reglas del sábado. De ahí el mayor crimen en la historia se llevó a cabo, con estricta atención al detalle legalista".

Aquí había gente que decía: "Matemos al Hijo de Dios, colguémoslo de un madero... pero tenemos que asegurarnos de ganar puntos al atardecer, guardando el sábado". Dieron muerte a la Fuente de la gracia, mil puntos, y obtuvieron un punto al lavarse la sangre de las manos, antes de que comenzaran las horas del sábado.

Todo lo que podemos decir es que es una buena noticia que Dios permanezca con nosotros, mientras poco a poco aprendemos acerca de la gracia. Si bien aprendemos que aunque la obediencia es maravillosa, el crecimiento es maravilloso, y la perfección es maravillosa, no obtenemos puntos celestiales por ninguna de esas cosas. Es muy difícil aprender eso, pero Dios siempre ha amado a los fariseos, los legalistas, y los perfeccionistas que han tardado en entender el punto.

Nuestra propia denominación, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, ha predicado durante más de 150 años acerca

de las grandes bendiciones que se obtienen al obedecer a Jesús. Y sí, es maravilloso honrar a Dios siguiendo Su ley. Exaltamos a Jesús cuando obedecemos lo que Él enseña. En nuestra propia comunidad de fe, queremos exaltar a Cristo, celebrando el sábado como creemos que Él nos ha invitado a hacerlo. Pero a lo largo de nuestra experiencia, y seguramente también es lo mismo en tu iglesia, ha sido muy difícil comprender que la obediencia no es la base de nuestra salvación.

Gracias a Dios, nuestro paciente Padre celestial nos lleva desde donde comenzamos, con nuestros conceptos erróneos bien intencionados, y amablemente nos conduce al Calvario. Nos habla de los mil puntos que Su propio Hijo se ofrece a darnos. Pero, ¿qué le sucede a un cristiano que cae en la trampa mortal, no de buscar la perfección, sino de poner sus esperanzas en el perfeccionismo? Si estás ganando tus propios puntos, ¿a dónde te lleva eso?

En ese mismo libro de Yancey, "¿Qué tiene de sorprendente la gracia?", cuenta la historia de un joven preocupado por una vida saludable. Y ciertamente, es bueno honrar a Dios teniendo buena salud. "Todo lo que comas o bebas", dice la Biblia, "hazlo para la gloria de Dios". Nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo.

Pero esta persona, literalmente se había matado de hambre, porque le preocupaba qué alimentos podía comer. De hecho murió. Uno de los amigos cercanos de Philip dirigió el funeral.

Y en ese capítulo, titulado "Evitación de la gracia", escribe estas palabras muy directas. "Tengo poco resentimiento contra estas reglas particulares, las que utilizamos con tanta frecuencia para tratar de acumular esos "puntos", "pero mucho resentimiento contra las formas en que fueron presentados. Tenía la sensación constante y palpitante, de que seguir un código externo de conducta era la manera de agradar más a Dios, de hacer que Dios me ame. Me ha llevado años, destilar el evangelio de la subcultura en la que me encontré por primera vez. "Lo encontré. Lamentablemente, muchos de mis amigos abandonaron el esfuerzo y nunca llegaron a Jesús, porque la mezquindad de la iglesia bloqueaba el camino". Luego agrega esto, sobre los peligros del legalismo: "Nada representa una amenaza mayor para la gracia".

Note el punto de inflexión crucial: los amigos nunca llegaron a Jesús, porque el perfeccionismo estaba en el camino. Las reglas, incluso buenas reglas, reglas útiles, bloquean el camino de una persona al Calvario.

Así que todo se reduce a esto para nosotros. Cada día de nuestra vida, debemos dirigirnos al pie de la Cruz. Dirígete a Jesús. Y dile: "Jesús, creo que ni siquiera tengo cuatro puntos y medio. No tengo ninguno. Cero. Jesús, necesito tus mil puntos. Los necesitaba ayer, y anteayer, y ahora hoy, y luego mañana, y pasado mañana."

Y luego, cuando te levantas de tus rodillas y agradeces a Dios por el polvo del Calvario en tu ropa, resuelves que todo el día permitirás que Dios viva en ti, y trabaje en ti para buscar la perfección. No para obtener más puntos, cuando ya tienes la perfección de Cristo aplicada a tu cuenta bancaria. Pero sólo para honrarlo. Sólo para mostrarle lo agradecido que estás.

CAPÍTULO 10: RECUENTOS ELECTORALES

En el capítulo 7, sacamos nuestro proverbial palo de tres metros, y echamos un vistazo muy cauteloso a las elecciones presidenciales del año 2000, aquí en los Estados Unidos. Poco sabía Estados Unidos el 7 de noviembre, cuando acudió a las urnas, que "hoyuelos" y "chads" se convertirían en las nuevas palabras sucias en la política estadounidense.

Probablemente, el aspecto de esta experiencia de pesadilla en Florida que más frustró a los ciudadanos estadounidenses fue el hecho de que las reglas parecían cambiar... y cambiar... y cambiar. Los estadounidenses están acostumbrados a la idea, de que, en algún momento de ese mismo martes por la noche, sabremos quién será el próximo presidente. Bush o Gore. Una persona obtendrá más votos que la otra, y hay un discurso de concesión, un discurso de victoria, un día de toma de posesión, una mano en la Biblia, y seguimos con la vida hasta el próximo ciclo electoral.

Pero esa tarde lluviosa, tarde, John Q. Citizen empezó a oír por primera vez hablar del Colegio Electoral. Una persona podría obtener 300.000 votos más que su oponente y aun así perder, si no obtuviera los 270 votos electorales necesarios. Un condado podría contar sus votos, y luego tener que volver a contarlos. Por máquina. Luego a mano. Una junta de escrutinio podría entonces examinar las boletas por computadora rechazadas, y tratar de determinar la "intención del votante", observando esos "chads", o los hoyuelos en esos chads. Si tiene mariposas en el estómago por el hecho de haber votado accidentalmente por Pat Buchanan, podría solicitar una nueva votación. Una vez más, la gente de ambos lados de las barricadas de CNN estaba enojada, por el hecho de que las reglas parecieron cambiar en los últimos dos minutos de este partido de fútbol político del Super Bowl.

Y en esta mirada final al concepto de perfección, nos encontramos sopesando el mismo escenario. Descubrimos que es una buena noticia que nuestros fracasos no nos descalifiquen para el cielo. Por supuesto, ese es el evangelio cristiano, puro, y simple. Lo que Jesús hace por nosotros en la Cruz lava nuestros pecados, y nos ofrece el increíble regalo conocido como justificación. Lo que me gusta decir no es perdón, es súper perdón. ¡Es como si

nunca hubiéramos pecado! Es más, nuestra bondad posterior, que es resultado de nuestra gratitud por haber sido salvados, nunca es la base de nuestra vida eterna. Si llegamos al cielo, será gracias a Jesús.

Aun así, es bueno aspirar a la bondad. Luchar por la perfección. Ningún cristiano agradecido saldría de la cabina de votación y diría, encogiéndose de hombros: "Como no importa, supongo que intentaré buscar la imperfección".

Hay algunos versículos bíblicos maravillosos sobre este tema, y éste llega claramente al final. Efesios 5:25-28: "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola en el lavamiento con agua mediante la palabra, y presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha, ni arruga, ni cualquier otra mancha, pero santa e irreprochable" (NVI).

Reflexionemos nuevamente en esa palabra griega "pesha", porque en realidad hay cierto tipo de pecado que un cristiano en estos últimos días va a superar. "Pesha" nos da una imagen verbal de "rebelión", esto es, el agitar enojado de un puño hacia Dios. Y ciertamente, en esos términos, un cristiano salvo realmente necesitaría ser "perfecto". Roy Adams escribe: "Si hablamos del pecado

como 'peshá' (alejamiento de Dios, rebelión, desafío, transgresión deliberada), entonces es bastante obvio, que los verdaderos cristianos deberían haber dejado atrás tales prácticas y actitudes... Con ellas, todas las transgresiones, toda rebelión contra Dios, y todo desafío voluntario a su gobierno, han cesado. Con ellos, la rebelión no surgirá por segunda vez. Como algunos dicen, son seguros para salvarse."

Es una categoría interesante en la que estar, ¿no? Amigo, ¿tú y yo somos de esa manera: "seguro para salvar"?

Pero ahora, pasemos a los hoyuelos y chads, a las reglas cambiadas durante el ejercicio de dos minutos del Super Bowl. ¿Enseña la Palabra de Dios que, aunque la gracia ha sido el agente salvador durante 6.000 años, justo al final de los tiempos habrá una última generación de cristianos que realmente alcanzarán la perfección total, y un estado de impecabilidad? ¿Y ser salvo de esa manera? Aunque el rey David fue un pecador perdonado, y Pedro, Pablo, Martín Lutero, y Billy Graham... ¿habrá un cambio de reglas, para que aquellos que realmente vivan para ver a Jesús viniendo en las nubes, tengan que subir hasta alcanzar la perfección total?

Algunas personas leen versículos, como los que encontramos en Apocalipsis 12: "Ellos [los santos de los últimos días] vencieron [al acusador, Satanás] por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio".

Luego, apenas una página más allá del capítulo 14, podemos centrarnos en este versículo: "Nadie podía aprender el cántico, excepto los 144.000 que habían sido redimidos de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque se mantuvieron puros". Siguen al Cordero dondequiera que va. Fueron comprados de entre los hombres, y ofrecidos como primicias a Dios y al Cordero. No se encontró mentira en su boca, son irrepreensibles" (versículos 3-5, NVI).

Bueno, esos son versos poderosos. Seguramente nos encantaría estar en ese número, y ser personas que siguen a Jesús con total devoción.

Pero ¿concluimos que nadie ha recibido la justicia por la fe, hasta que haya dejado de pecar? ¿Alcanzará la perfección, una última generación?

La verdad golpea nuestras almas, una y otra vez, en las páginas de la Biblia. Jesús es en verdad nuestro ejemplo. Y el Espíritu Santo está disponible para ayudarnos a no pecar. Pero ciertamente no somos redimidos por el cumplimiento

perfecto de la ley, somos redimidos porque el Jesús perfecto derramó Su sangre en el Calvario. Esa era la regla, el Plan, allá en el Edén. Era el Plan el día que Cristo murió. Y ese es el Plan de hoy.

Hay una tranquila verdad bíblica, que se puede encontrar en un hermoso libro titulado, muy apropiadamente, "¿Hasta cuándo, oh, Señor?". El autor Ralph Neall responde la pregunta de esta manera:

"¿Cuándo ocurre la 'purificación final'? ¿Significa que la generación final de creyentes logra una experiencia más allá de todas las anteriores? He aquí otra pregunta que debemos responder cuidadosamente, no sea que caigamos en el error de proponer un camino diferente de salvación para la última generación, que para otras. Algunos han dicho, que la justicia que prepara a un hombre para morir, de ninguna manera es suficiente para prepararlo para la traslación, pero Pablo nos dijo: "Ahora fijaos en estas palabras, hay un Señor, una fe, un bautismo." Es cierto que cada persona tiene su propia experiencia única con el Señor, pero sólo una justicia perfecta le da derecho al cielo: la justicia de Cristo impartida a él, por la fe. La última generación recibirá la "aprobación divina", y

será "bien atestiguada por su fe", tal como los santos de todas las épocas pasadas."

Amigo, hay una guía para votantes en tu casa, titulada Hebreos 11. Todo gran héroe de la Biblia fue salvo con un solo método: la fe en Cristo. Ésa siempre ha sido la manera, ese siempre será el camino. Por la primera generación, por la última generación y, alabado sea Dios, por la nuestra. Ése es un resultado electoral que nadie puede anular.